



## UNA NUEVA ETAPA

*Por P. Rafael Braun*

*Marzo de 2013*

El 1º de marzo de 2013 comienza una nueva etapa en la vida de la Iglesia. La renuncia del Papa Benedicto XVI al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que libremente reconoce su incapacidad para ejercer bien el ministerio que le fue encomendado por falta de vigor, tanto del cuerpo como del espíritu, abre el camino a los futuros papas para que no tengan la obligación moral de ejercer su ministerio hasta la muerte. Después del Concilio Vaticano II ya se había eliminado la designación a los párrocos a perpetuidad, y los obispos también ahora deben renunciar al cargo encomendado a partir de los 75 años. El pueblo de Dios no debe ser conducido por una gerontocracia.

Pienso que esta nueva etapa debe estar centrada en la Constitución “Lumen Gentium” del Concilio. No en el capítulo 3º denominado *Constitución jerárquica de la Iglesia, y particularmente el Episcopado*, sino los capítulos 1, 2 y 5 sobre *El misterio de la Iglesia, El pueblo de Dios y la Universal vocación a la santidad en la Iglesia*. Volver a las fuentes es no mirar a la Iglesia como una mera institución, sino contemplar el misterio de Pentecostés, en el cual el Espíritu Santo desciende hoy a todos los cristianos para hacernos en el Bautismo hijos adoptivos de Dios y agentes principales de la nueva evangelización. Todos estamos llamados a la santidad, y, a mi juicio, la conversión necesaria de la Iglesia tiene que partir de la iglesia doméstica que es la familia. Ello significa que hay que retomar el desarrollo de los ministerios laicales, para que los múltiples pastoras y pastores puedan evangelizar desde la Palabra de Dios, de la oración, y del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Hay que desclericalizar a la Iglesia.

Concluyo y coincido con un texto de Pablo VI: “El mundo exige y espera de nosotros, sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para con los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda.”(E.N.76)